Tierra y Libertad

ADMINISTRACION: UNION, 19, 1.º, 2.ª - BARCELONA

Precio de portes y suscripciones
ESPAÑA, PORTUGAL y AMERICAS
Número de 15 ejemplares, 3,75 ptas.
Cada uno ejemplar
Trimestre. . . . . 2 - ptas.

EXTRANJERO:
Paquete 20 ejemplares. . 5 - ptas.
Trimestre . . . . . 2'50 ptas.
No se sirven suscripciones si no se pagan por adelantado

BARCELONA · HISTORIA · CONTEMPORANEA · INSTITUTO

PROBLEMAS DEL ANARQUISMO

¿Quiénes provocan la guerra?

Para atisbar desde la atalaya de la videncia la guerra que viene y que las diplomacias de todas las naciones ocultan y astutamente están incubando, bueno será echemos una mirada retrospectiva sobre la Gran Guerra del 14, y planteemos el problema del anarquismo, que tan íntimamente va ligado con nuestra labor antimilitarista.

La guerra europea ha dejado una profunda impresión de horror en el ánimo del mundo que tardará muchos siglos en borrarse. El matiz trágico de todas sus escenas no se puede olvidar jamás. La Historia guardará doloroso recuerdo, y la Humanidad, sensible y buena, llevará luto en el alma. No es para menos, ante el crimen cometido.

Los diplomáticos, que hallaron motivos —justificados por razones de Estado— para aprobarla, después de comenzada la matanza, trataron hipócritamente de mediar para gestionar la paz. Ante la feroz contienda y la magnitud de tal crimen, solamente los anarquistas, en diferentes lugares del universo, levantamos la voz de protesta contra la barbarie que representa que los hombres, hermanos todos en el concierto de la naturaleza, se degollaran tan bárbaramente por el satánico acuerdo internacional de los intereses de la diplomacia del capitalismo.

En cada batalla el soldado perdía la noción de la conciencia como humano. El hombre se convertía en fiera en el combate y luchaba feroznente. Los diplomáticos no por eso se asustaron de su obra criminal; la alta Banca del Estado lo exigía y la matanza debía continuar hasta estabilizar el inicuo imperio del capitalismo.

Hubo momentos de tremendo espanto en las esferas estatales, debido a las campañas de pacifismo y antimilitarismo, llevadas a cabo por los anarquistas; pero los aparatos del Poder, ampliamente policiales y al servicio de la infamia, dieron ocasión para que las cárceles de todas las naciones se llenasen de anarquistas.

Seguramente que la historia se repetirá ante la guerra que viene; pero es preciso que los hombres de conciencia honrada nos escuchen y nos ayuden, para que cuando llegue el fatídico momento de tal hecatombe, junto con nosotros, levanten la voz de la justicia para evitar que los hijos del pueblo, los soldados, sean, como siempre, carne de cañón y asesinos de sus propios hermanos.

Las doctrinas político-religiosas perdieron prestigio moral en las conciencias de los individuos, y las naciones bastante patriotismo, debido a la prédica libertaria desarrollada en la prensa y en la tribuna por los anarquistas. Era consecuente como terrible resultado de la guerra. Pero las naciones confabuladas ante el crimen, ni unas ni otras desfallecieron ante tal conflicto, sabiendo (como saben) el modo hábil que han de utilizar para engañar al pueblo tanto en la paz como en la guerra. La diplomacia atisbaba el momento, y fué de precisión decisiva. Aprovecharlo rápidamente indicaba la oportunidad. Se aprovechó. Sí. Se aprovechó no para salvar a la Humanidad, sino para sostener el actual estado de cosas en cada nación.

Las modificaciones de algunas potencias adquirieron, por la táctica impuesta del Vaticano, formalidades de dictadura. Otras siguieron el consejo de la República de los Estados Unidos y el informe de Inglaterra. Se aseguró el cristianismo vaticanista y el protestantismo británico. El caso es de una sabia diplomacia y docta habilidad.

Nos encontramos en análogas circunstancias de situación y estado. Tal vez en peores condiciones. Y aquí no ha pasado nada. Reflexionemos. Por cristiana desgracia y clerical entelequia, Italia y España sufren el tormento de su anacrónico catolicismo — mal pese a los modernos laicistas —. ¡Dolorosa enfermedad moral que hace a una gran parte del pueblo hipócrita, afeminados y cobardes...! ¡Que los hace humildes y sumisos para soportar las molestas impertinencias de los ritos e imposiciones legales de los códigos que rigen las naciones.

Por eso vivimos no con la expansión que deseamos, sino con la que limitadamente nos concede la ley autoritaria, la jurisprudencia de los dictados promulgados por los déspotas y absolutistas... ¡Cuán triste y aciago es vivir así...! Sí, lo es, ciertamente.

Vivimos, pues, hasta que quieran los despóticamente tiranos. Infalible verdad. Sentado este axioma incontrastable, nosotros, los anarquistas, los profundamente razonables, los que sentimos como humanos, no podemos ser adversarios de la paz, mientras que, por principios básicos y filosóficos de fraternidad, por amor a la Humanidad, somos enemigos de la guerra, de la guerra promovida por los diplomáticos para distraer o estacionar el adelanto del progreso.

¡La guerra...! antagónico término de la deliciosa paz. ¡La paz...! principio benigno y apacible de la inefable concordia, germen precioso de la natural fraternidad humana.

¡La guerra...! ente bélico de Marte, hijo impuro de la infiel Themis, fué santificada satánicamente por el Dios de la barbarie, por el Dios de la religión, protagonista de todas las religiones y sectas, encargadas de la dirección político-religiosa de las naciones, originando el derecho de gentes, el derecho internacional, categorizando condiciones y clases en el texto de sus articulados para regularizar deberes de superior y obediencias de inferior, por efecto de lo cual se estableció la arbitraria autoridad y la esclavitud de los denominados parias...

¡La paz...! que significa la bonanza fraternal de todos los seres humanos, básico principio de la ética anarquista, asegura la plácida tranquilidad del hombre y le prepara para ir aceptando las salvadoras novedades del progreso, que nos emancipará para ser todos iguales en derechos, anárquicamente sintiendo y pensando...

LUZBEL RUIZ

PLUMAS AJENAS

Contraste desmoralizador

«El pueblo inglés no se alimenta como es debido, y por esto se ha constituído el *Committee against Malnutrition*, que está estudiando el modo de combatir el hambre más o menos disimulada.

Un miembro de este Comité, el doctor Stella Churchill, ha dicho que los niños, al mes de nacidos, alcanzan el peso normal en una proporción del 70 por ciento, mientras que, al cumplir el año, la proporción es solamente del 30 por ciento. A los seis años, edad de ingreso en la escuela, su constitución es delicada e insuficiente el desarrollo de su capacidad torácica, demostrando una clara propensión al raquitismo y a sucumbir a toda clase de infecciones. Son los tuberculosos de mañana.

Que esto se dijera de los niños de España, no sería una novedad; pero en Inglaterra no había ocurrido nunca. El doctor Churchill ha observado, asimismo, que las madres, en las familias pobres, son las que comen menos y viven casi hambrientas. ¿Cómo van a concebir hijos robustos? ¿No será mejor que no los tengan?

El doctor Churchill termina diciendo: «En determinadas localidades del país (el citado doctor reside en Bermondsey), se repartió el agua en barricas durante las últimas semanas de sequía; se hace ahora necesario que se distribuyan del mismo modo los alimentos».

Inglaterra no es una excepción, en la hora actual, por lo que se refiere al desarrollo de la miseria. Parece ocioso decirlo. Se calcula que están repartidos por la superficie del globo 2.100 millones de seres humanos, de los cuales una quinta parte carecen en absoluto de lo necesario, y el resto vive, en su mayoría —son reflexiones que hace *La Correspondance Coopérative*, de París—, una vida precaria, indigna de criaturas racionales.

Ahora bien: coincidiendo con este estado de cosas, con este abatimiento, por desnutrición, de la humanidad, se producen otros hechos desconcertantes. En las cinco partes del mundo se están destruyendo, metódicamente, cantidades fabulosas de artículos alimenticios y otros igualmente necesarios al hombre. Publicaciones solventes, como el *Libre-Exchange* y el *Journal des Economistes*, han reunido los siguientes datos, que parecen el producto de la más horrible pesadilla:

En los Estados Unidos, se sacrificaron, el año pasado, sin destinarlos al consumo público, o sea, con fines estrictamente destructivos, 2.200.000 cerdos; al mismo tiempo que, para reducir la producción lechera, se degollaban 600.000 vacas. En Dinamarca y Holanda, se reduce el ganado vivo con idéntica finalidad. En la Florida, se destruye la cosecha de maíz, y en California, la de naranjas, melocotones, peras y fresas. En el Brasil, cerca de 27 millones de sacos de café son quemados o arrojados al mar. En Egipto, se incendian grandes *stoks* de algodón. En el Canadá, la cebada se utiliza como combustible. En Chile y en algunas regiones de Norteamérica, son sacrificados y abandonados a los buitres centenares de miles de ovejas. En Alaska, en la Gran Bretaña, en Francia, en España, innumerables barcazas de pescado se vuelcan sobre el mar. En las Indias Neerlandesas, se arrojan al fuego cantidades enormes de especias, y, en Ceilán, 30.000 toneladas de té siguen el mismo camino. En el Mediodía de Francia, en fin, se arroja la fruta, especialmente melocotones y albaricoques de excelente calidad, a los muladares.

El contraste de la miseria con la destrucción de acumulaciones enormes de materias alimenticias es demasiado espectacular e impresionante para no desmoralizar a los que lo contemplan sin comprenderlo.

Dírase que todo el mundo ha perdido la razón. Y en medio de este demencial desconcierto, leemos todos los días en los periódicos que se está preparando una nueva guerra. Es natural. Cuando los conflictos se van amontonando hasta cerrar el paso a soluciones razonables, el malestar desemboca fatalmente en una conflagración. El último recurso de los desesperados es la violencia.

Pero ¿acaso no tiene nada que ver el malestar presente con la guerra pasada? ¿Se puede pensar ahora que un clavo saca otro clavo? Nuestro problema, el problema del mundo actual, nace de la ruina económica. Cuando sobran tantos brazos, quizá no importaría, desde un punto de vista deshumanizado y práctico, sacrificar otros diez u otros veinte millones de hombres jóvenes. De este modo se sangra el mundo pletórico. Pero la guerra cuesta también dinero. Lo que costó la anterior se calcula en 200.000 millones de dólares, once veces más de lo que representan los gastos militares hechos durante 120 años, desde 1793 a 1914.

¡Una friolera para nuestros tiempos de estrechez!

JOSÉ ESCOFET

SOLIDARIDAD PRO-PRESOS

Animo, camaradas, no os olvidamos.

La Iglesia y los problemas de la vida contemporánea

El Vaticano y las dictaduras fascistas

II

Bossuet exaltaba en el rey una expresión de la divinidad. En su obra *La politique tirée de l'Ecriture Sainte* proclama aquel obispo: «El título de Cristo es dado al rey, y se les ve en todas partes llamados los *cristos* o los *ungidos* por el señor... El príncipe no debe rendir cuenta a nadie de lo que ordena... Nadie puede decirle: ¿Por qué has hecho esto?... Oh, reyes, sois dioses, es decir: tenéis en vuestra autoridad, lleváis en vuestra autoridad, lleváis en vuestra frente un carácter divino...» Este servil adulador de Luis XIV, escribía en 1701: «El príncipe tiene el deber de emplear su autoridad en la *destrucción* de las falsas religiones en sus Estados.»

Pío VII, en sus instrucciones al nuncio de Viena, en 1805, le decía: «Hemos llegado a tiempos tan calamitosos, tan humillantes para la *esposa de Cristo*, que no es ya posible ni conveniente recurrir a aquellas *santísimas máximas suyas* y es constreñida a suspender el curso de su *justa severidad* contra los enemigos de su fe... ¿Qué espectáculo daría la Iglesia a los heréticos e incrédulos si pudiesen al fin decir que se han encontrado medios para hacerla *tolerante?*»

Del poder absoluto, la Iglesia espera o pretende la Inquisición.

En 1910, el jesuíta francés Lépicier publicaba un libro suyo, *De Stabilitata et progressu dogmatis*, en el cual se afirma que «siendo un hereje, como dice Santo Tomás, peor que un perro rabioso, es justo matarlo».

En aquel mismo libro se lee: «Si los tiempos no fuesen tan hostiles a la Iglesia, ésta debería denunciar los herejes al poder civil, y el rey tendría que exterminarlos en su reino bajo pena de excomunión y de pérdida del trono.»

Y todavía: «La facultad de infligir la pena de muerte a los herejes compete así a la sociedad laica como a la Iglesia, pero de modo diverso. El poder laico, no puede castigar a los infieles si no cuando le conste la herejía de ellos por medio del juez eclesiástico; donde, en cambio, la Iglesia, la cual es competente para juzgar del delito de herejía y para decretar sentencia de muerte, transmite la ejecución al brazo secular.»

Aquel libro, impreso en la tipografía del Vaticano, tuvo la aprobación entusiasta de Pío X.

Pío XI, que ha definido a Mussolini «el hombre de la providencia», ha dicho también: «Trataría incluso con el Diablo para salvar la religión». El tratado de Letrán (11 de febrero de 1929) es el fruto de una natural alianza entre la dictadura fascista y la teocracia pontificia. No podía menos de ocurrir. Cuando, en julio de 1931, el papa, que vió escapar a la Iglesia el monopolio educativo de la juventud italiana, lanzaba una encíclica reivindicando a la Iglesia, en la prensa democrático-masónica francesa se habló de *Encíclica de los derechos del hombre*. Ingenua incomprensión. Bastan estos pasajes para demostrar el espíritu teocrático de aquella encíclica: «Si se quiere hablar de ingratitud, fué y sigue siendo la empleada para con la Santa Sede, en el país y en el exterior, un aumento de prestigio y de crédito, *que a algunos en Italia y en el exterior parecieron excesivos, como excesivo el favor y excesiva la fe de nuestra parte.*»

Y más: «*No hemos querido condenar el partido y el régimen como tales... Creemos además haber hecho contemporáneamente buena obra al partido mismo y al régimen.*»

Se trataba de una disidencia entre potencias monopolizadoras, entre tendencias totalitarias. La Iglesia no quiere nunca ser segunda en relación a otra potencia. Cuando el socialdemócrata Albert Thomas solicitó al Vaticano en 1929 que se hiciera representar en el Bureau International du Travail de Ginebra, se le respondió (*Echo de Paris*, 6 de marzo de 1929) que la Santa Sede estaba pronta siempre a dar la propia opinión sobre cuestiones morales y sociales, pero que no podría entrar en una asamblea internacional más que para ocupar la presidencia.

La Iglesia no puede menos de traicionar al liberalismo y a la democracia. En diciembre de 1851, los republicanos católicos se dirigieron sucesivamente a todos los curas de París para celebrar las misas por las víctimas del golpe de Estado. Ningún cura consintió. También rehusó el arzobispo, como narra Víctor Hugo en su *Histoire d'un crime*. Pío IX aprobó el golpe de Estado del dos de diciembre y definió a Luis Napoleón «hombre de la providencia», pues el presidente perjuro inició la reacción clerical.

El Vaticano, que ha visto escapársele México, y, en parte, España, tiene necesidad de consolidar el poder de la Iglesia. Sólo los gobiernos reaccionarios pueden restaurar la Inquisición, poner dique al avance del racionalismo, reprimir la revolución social.

La Iglesia debe al gobierno de Mussolini la vuelta del catecismo a las escuelas públicas; la persecución de la masonería, de las asociaciones racionalistas y del protestantismo; la exención de los impuestos y del servicio militar del clero; el reconocimiento jurídico de las congregaciones y de la Acción católica; 750 millones de liras en metálico y mil millones en títulos de la renta del Estado; la reconstitución del Estado pontificio; el matrimonio religioso convertido en acto civil; etc., etc. Envalentonado y engolosinado, el Vaticano espera nuevos triunfos para la Iglesia. La dictadura es, para él, buena si deja libre a la Iglesia; óptima si se convierte en su brazo secular, perfecta si es teocrática.

Y esta es la más ortodoxa tradición de la Iglesia. Justamente el Padre de la Brière, conocido teólogo francés, al exponer la idea: una dictadura es buena o mala «según las circunstancias de las cuales surge y según el principio de gobierno en que se inspira el dictador», hacía presente que esa no es una opinión personal suya, sino una aplicación de los principios tradicionales de la teoría cristiana del poder y de las lecciones de la tradición católica (*Le Petit Journal*, 6 de abril de 1933).

El signo de la cruz y el de la horca van unidos. Y la revolución antifascista deberá decapitar el papado y arruinar la Iglesia si quiere asegurar el progreso social contra paralizaciones y regresiones.

C. BERNERI

¡PARADOS!

La mayoría de los trabajadores, en el exacto y verdadero sentido de la palabra, arrastra, en el siglo de las luces, de la civilización, del progreso y... del hambre, una situación tal, que para caer en la de indigencia, miseria y esclavitud de los siglos del derecho de pernada y del siervo, no falta más que un paso, que, continuando por la ruta hasta aquí seguida, no tardaremos en dar.

Pero todavía en la clase trabajadora existe un gran número de proletarios que arrostran unas condiciones de vida peores. Son tan inhumanas, tan antinaturales, en fin, de una miseria tan extrema, que no podemos comprender cómo viven, ni de qué viven, si es que vivir se llama a un vegetar muriendo, comiendo un día mal, otro peor y otro no. Este grupo aparte de la especie humana, no satisface el mínimun de sus necesidades, por no poder agenciarse ese vil metal, provocador de tantas injusticias y tantos desastres y base de la organización estatal, llamado dinero; y sin eso, ya se sabe, la condumia no se alcanza. Me refiero a la vida de los parados obreros, de los desocupados de la clase proletaria, y no a los sin trabajo que son todos los que integran la clase superior de la Humanidad, los zánganos de la colmena humana, los chupópteros del sudor ajeno, la fauna capitalista.

En algunos países, los obreros parados tienen un subsidio que, aunque mezquino, sirve para subvenir las exigencias más imperiosas del cuerpo humano y para ir tirando. Pero España, el Gobierno español, por no abdicar de la política que siempre ha seguido, no establece, no intenta mitigar en nada las necesidades de los sin trabajo. Sólo quiere que el orden (¡bendito y alabado!), sea completo, que no se cometa un robo, que no se efectúe un atraco; y cuando, como no puede por menos de suceder, se altera alguna de estas cosas, cuando la «paz» pública se ve en peligro, pone el grito en el cielo, corifeado y adulado por la prensa toda, diciendo que son «los profesionales de la algarada», «los pescadores en río revuelto», «los extremistas por sistema», etc.; sin comprender (o no queriendo dar a entender lo que de sobra asimila) que no son más que los «profesionales del hambre», «los que quieren acallar los gritos del estómago», «los desheredados de todo», etc.

Que no haya robos, que atracos no se cometan, que ningún motín, revuelta o revolución estalle, es tanto como pedir que la tierra se detenga, que un terremoto no produzca daños o que un gobierno cualquiera sirva para algo que no sea producir hambre y como consecuencia los actos punibles más arriba citados.

La maquinaria capitalista, la «superproducción» ídem, que no es otra cosa que falta de consumo o superhambre, exige que sobren brazos y que la raza se crie robusta; que cierren fábricas y que la población aumente; que haya más de *cuarenta millones* de parados y que la sociedad esté tranquila.

Imposible. De manera alguna estas contradicciones tan marcadas pueden suceder.

¿Cómo los obreros que dejan de recibir el infamante salario (y que, pese a eso, es lo único que sirve para subsistir), van a criarse fuertes y, mucho menos, a procrear, y si a ello llegan, qué ser vendrá al mundo y cómo resistirá las embestidas de la miseria?

¿Cómo se tiene el cinismo, la desfachatez, el insulto, de pedir orden con más de 700.000 obreros parados (circunscribiéndonos solamente a España y a las estadísticas oficiales, que no me menciona a mí y a otro millón que están como yo, que nunca hemos trabajado y no nos hemos tomado la molestia o hemos tenido la bastante vista para no ir a filiarnos a «esas» Oficinas de Colocación Obrera... de los escribientes o apuntadores que en ellas están), sin comer?

La sangre hierve, el corazón palpita con violencia, la mente se resiste a creer en lo que comprender intenta: «Pero ¿qué querrán con esas perturbaciones y alteraciones del orden?» «Las revueltas tenían su justificación en un régimen dictatorial, pero ahora, con una Constitución de lo más avanzado del orbe y con un Gobierno democrático no tienen razón de ser». En vista de esto, comeremos Constitución y nos hartaremos de «Gobierno democrático». ¡Qué cinismo!

¿Qué querrán? ¿Se puede decir esto a un padre de familia, cargado de hijos (conozco yo a un sin trabajo que tiene siete menores de quince años), en poder de la usura todo lo que algo valía, sin colocación largo tiempo ha?

¿Qué querrán? ¿Se puede decir esto a jóvenes que en la plenitud de la vida, fuertes y robustos, deambulan por ciudades y parajes viendo cómo se convierte su robustez en un raquitismo y enclenquez que pronto dará qué sentir?

¿Qué querrán? ¿Se puede decir esto a esta adolescencia que no hace otra cosa que coger vicios y distraer el hambre, sin nada que augure un porvenir mejor?

¿Qué querrán? ¿Se puede decir esto a estas mujeres con las huellas del hambre marcadas con signos indefectibles, que encuentran el comercio cerrado, la tienda con candado, el bazar con tres llaves y en casa ocho personas que piden alimento?

¡¡¡QUIEREN COMER!!! y

Terminad pronto con vosotros, plumíferos burgueses, de cabeza vacía y estómago repleto; con vosotros, políticos sin ningún sentimiento de justicia social; contigo, burgués acorazado, que miras la miseria desde el bar, el club chic o detrás de la caja, donde guardas el dolor, el hambre y el sudor de hombres que son mejor que tú, que valen más que tú; contigo, hombre de clase media, que adulas al de arriba y no tienes más idea fija, más obsesión que acrecentar dinero y sumar oro.

En fin; con la civilización que permite que vivan: escritores de estómago; hombres que se enriquecen a fuerza de sudar... los demás; que mantiene el privilegio por ley y la ley por encima de todo, y que consiente y aplaude, que cerca de un almacén donde se pudren toda clase de comestibles, sucumba un hombre, un paria, un sin trabajo, de hambre, de inanición.

Y que esto ha de acabar. ¡EL HAMBRE Y LOS PARADOS LO DIRAN!

BARROS

SIN AFAN DE POLEMICA

Fomento del "Lider"

Para S. Cánovas Cervantes, director de «La Tierra», de Madrid.

Francamente, señor Cánovas, su reportaje sobre *Solidaridad Obrera*, publicado en el periódico que dirige en fecha 11 de los corrientes, no ha podido ser más desgraciado. Sabemos apreciar la buena intención; pero reconocemos que no ha tenido usted suerte. O no ha querido tenerla.

Al leer el anuncio del reportaje en cuestión, supusimos que haría usted algo interesante. Luego vimos, no sin cierta pena, que *Solidaridad Obrera* y la C.N.T. se reducen, para usted, a estos cuatro nombres: Ascaso, Durruti, Carbó y García Oliver.

Es lamentable no por usted, sino por los trabajadores que leen su periódico. Usted es suficientemente avisado para saber que *Solidaridad Obrera* no está exclusivamente ligada a los camaradas citados, que *Solidaridad Obrera* no son ellos. Pero los que no conocen nuestro desenvolvimiento y nuestra vida orgánica y específica, creerán, si se atienen a su excesivamente halagador trabajo, que así como *Solidaridad Obrera* es corazón y alma de la C. N. T., los mencionados compañeros son alma y corazón de *Solidaridad Obrera*. Y, afortunadamente, nuestro periódico regional se fundamenta y nutre de algo más amplio que el nombre de cuatro camaradas.

No hay derecho a esto, señor Cánovas. El fomento del «líder» es cosa vieja, cuyos pésimos resultados tocamos aquí más que en ningún sitio. No ignoramos que la misión del periodista es elogiar o condenar. Misión pobre, en esencia. El elogio es un veneno. De este veneno nacen los orgullosos, los petulantes, los sabiondos, los «imprescindibles». Usted, como periodista de la época, contribuye al envenenamiento.

Afortunadamente, los apologados están curtidos ya en esta clase de lides. Tanto se les da a ellos la *coba* como el insulto. Ambas cosas las han tenido en abundancia. Mas si en lugar de veteranos fueran novicios, la cosa cambiaría de aspecto. Se envenenarían, y usted sería el culpable. Tiene gracia: nosotros luchando denodadamente por la anulación—efectiva, no nominal—del liderismo, y usted poniendo sus cinco sentidos y sus cien adjetivos en la operación inversa: en el fomento del «líder».

* * *

Con tanto elogio, se le olvidó a usted lo mejor. Quiso hacer un reportaje e hizo un apólogo.

Explicar las enormes dificultades y el régimen de excepción a que está sometido *Solidaridad Obrera*, cómo se desenvuelve su vida, la represión en diversos aspectos que el separatismo oficial ejerce sobre él, cómo, por qué y de qué manera se efectúan las arbitrarias recogidas y no menos arbitrarias suspensiones, detallar cómo en los seis meses últimos ha logrado salir a la calle «veinte» veces tan sólo, y otros cincuenta mil datos que, voluntariamente omitimos, interesa a los trabajadores mucho más que si este «místico» usa gafas y habla el francés, si aquél tiene el pelo alborotado y nació en Palamós, o si el de más allá, de haber vivido en el siglo XVI, hubiera sido un conquistador de continentes.

Creíamos nosotros que usted, que también suele hablar de la revolución social española y con bastante frecuencia por cierto, era un poco más joven en sus apreciaciones. Y vemos que no. Como toda la generación del 98, considera usted al «líder» como factor essencial para la revolución. Usted piensa: «Si no fuera por estos nombres, no habría C. N. T.». No hay más que leer su reportaje. Ahora que con las ideas que usted tiene acerca del misticismo y el racismo... se lo explica uno todo.

Claro que usted es dueño de haber lo que se le antoje. Pero, conociendo nuestra psicología, como la conoce, y siendo nosotros, los trabajadores de la C. N. T., su mayor contingente de lectores..., no debiera decir esas cosas. Perjudica usted a la revolución y, por añadidura, se pone en ridículo.

XANDOR SACARELL

Barcelona.

IMPRESOS COSTA, Nueva de la Rambla, 45.—Barcelona